



www.reflexionespys.org.ar

Reflexiones

Políticas y Sociales



CEDS

Centro de Estudios para la Democracia Social

Boletín N° 302 Miércoles 8 de marzo 2023

Ser Feminista

Cuando la guerra del Peloponeso llevaba más de veinte años asolando a las *polis* griegas, el ateniense Aristófanes, el único comediógrafo griego cuyas obras –pocas- han llegado hasta nosotros, presentó una comedia en la que, una vez más, criticaba el régimen democrático a través del humor. Aristófanes descreía de la democracia ateniense y prefería un retorno a la aristocracia. Afortunadamente, su postura tiene matices y queda claro, al entrar en contacto con sus obras, que en ellas prima el desencanto por las deformaciones corruptas de la democracia que él observa en su tiempo y que ha llevado a Atenas a la decadencia más que por el régimen en sí mismo. No obstante, es para Aristófanes la misma democracia la que lleva dentro el germen de su corrupción. La comedia de la que hablábamos más arriba se llama *La asamblea de las mujeres*, o mejor (en traducciones más recientes) *Las asambleístas*. Según el autor, la institución fundamental de la democracia, la asamblea, ha llegado a tal tergiversación que permite que mujeres disfrazadas de hombres se introduzcan en ella, tomen la palabra y, haciendo gala de una retórica excelente (recordemos que la retórica era el arte de hablar de forma bella y persuasiva), consigan que la asamblea vote mayoritariamente la inclusión de las mujeres en la política ateniense. Una vez que las mujeres, ya sin disfraces, pueden participar de la asamblea, consiguen imponer un cambio radical en la política de la polis: un régimen comunista de bienes y de favores sexuales que habrá de implementarse de inmediato. Los hombres, atónitos, algunos de acuerdo y otros no, aceptan la resolución y la comedia termina con una gran banquete comunitario.



Prof. UNR UNL
Mónica Billoni

Según lo estudiosos del mundo griego, con esta obra Aristófanes pretendía mostrar hasta qué extremos de ridiculez podía conducir el régimen democrático. Cuántos fallos, cuántos lados flacos tenía la asamblea democrática que podía pensarse en que llegara al absurdo de permitir que las mujeres gobernaran. Ciertamente es que sus protagonistas son inteligentes y buenas oradoras pero son tan inhábiles para la política que se les ocurre instalar un modo de vida disparatado. (Apuntemos que unas décadas después una organización sociopolítica semejante se le ocurre a Platón). Es decir, las mujeres deben estar en su "lugar natural", el *oikos*, la casa, la domesticidad, porque si avanzan sobre el *ágora*, lo público, no hacen más que mostrar su ineptitud y llevan la sociedad a la ruina. Aristóteles se encargará, tiempo después, de transformar en teoría lo que era el *ethos* de una sociedad patriarcal.

Sin embargo, el tiempo, ese "gran escultor", en palabra de Marguerite Yourcenar, ha cambiado las cosas. Las interpretaciones contemporáneas de la obra, hechas no ya por "helenólogos" sino por críticos teatrales y por el público mismo, ven la obra de otra manera. *Las asambleístas* se representa y se disfruta, muchas veces, en la actualidad, como una obra feminista. Una obra donde mujeres astutas toman el poder para establecer una sociedad más justa. Demostrando en la práctica aquella afirmación foucaultiana de que la obra es independiente de autor, la comedia de Aristófanes ha adquirido otro sentido y otra apreciación. Ha realizado otro vuelo. (Ciertamente es que para ello ha ayudado otra comedia del mismo autor, también protagonizada por mujeres y de corte decididamente pacifista como es *Lisístrata*).

En contraste con ello, leemos hoy que se censura –no uso eufemismos– la obra de Roald Dahl, las historias de Ian Fleming, la nueva versión de Tom y Jerry; se pretende cambiar el final de la ópera Carmen y prohibir las representaciones de todas las versiones del Don Juan, por citar algunos ejemplos. La llamada "cultura de la cancelación" pretende combatir el patriarcado, el racismo, la discriminación, borrando las grandes –y pequeñas– obras de la cultura occidental y/o incitando a la censura y a la autocensura. Ciertamente es que gran parte, si no toda, la tradición de discurso occidental es patriarcal, como no podría ser de otra manera, ya que las mujeres hemos estado confinadas a la casa y las funciones de esposa y madre hasta antes de ayer. Pero, en mi opinión, el modo de luchar contra eso no es la tachadura sino, por el contrario, el resalte, el subrayado. O la risa que, como sabemos, es un arma poderosa.

Toda mi vida he sido feminista, aún cuando no sabía que lo era me sublevaba la injusticia y la exclusión hacia las mujeres. A partir del 76, en Barcelona, tuve las cosas más claras y cuando regresé, en los 80, soporté que, a veces, mis propias compañeras me trataran como una especie de pieza de zoológico. "Esta es Mónica Billoni", decían, "es feminista". Me enojaba cuando, los 8 de marzo, algunos alumnos me entregaban flores y felicitaciones en el Día de la Mujer. No es un día de festejos, les decía. Afortunadamente, hoy las cosas han cambiado y en ese cambio se cometen errores. Por eso creo que hay que estar muy alerta, por los errores que se cometen y por todos los cambios que todavía faltan que son muchísimos. No pretendo que sea solamente el tiempo el que cambie las cosas, por el contrario, creo en la acción, en la crítica, en la denuncia. Pero también en el aprendizaje, en la cultura, en el arte, en el conocimiento. Un pedacito del mío va en esta nota.